

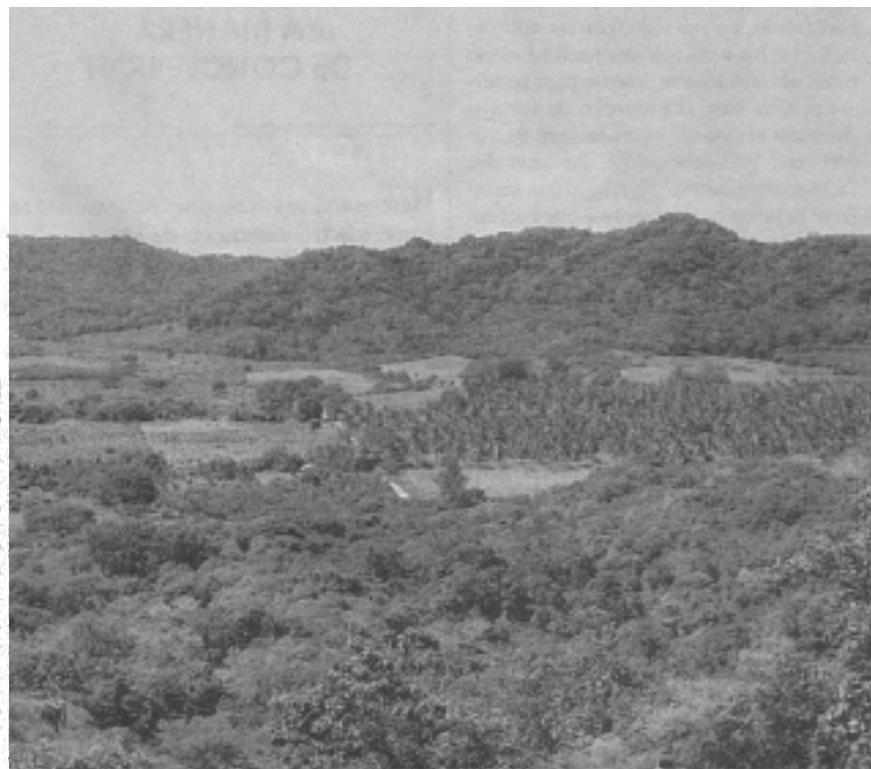
## FÁBULAS DE LA MIXTECA DE LA COSTA OAXAQUEÑA

*Las tres fábulas que aquí se presentan fueron narradas por personas originarias de la agencia municipal de Jicaltepec, perteneciente al municipio de Pinotepa Nacional, Oaxaca. Este trabajo forma parte de una persistente línea de reivindicación étnica mixteca costeña que evoca, en cuanto a propósitos, la gesta protagonizada por un grupo de jicaltepecanos zapatistas que, aprovechando los inicios del movimiento armado de 1910, querían restaurar la forma de organización social de sus antepasados prehispánicos.*

### INTRODUCCIÓN

Los tres relatos que aquí se presentan forman una parte escasa de la rica tradición narrativa de uno de los varios grupos habitantes de la costa chica oaxaqueña: los mixtecos. Fueron narrados por Cecilio Hernández Velasco en lengua *ñuhu saui* a Pablo Hernández Hernández, quien también se ocupó de recopilarlos y traducirlos al castellano sin mediar para ello otro interés que el “dejar por escrito lo que nuestros viejos dicen y piensan de cómo eran las cosas en tiempos pasados y que ahora decimos que no sabemos por temor a ser aceptado [sic] como indígena...”

Ambas personas son originarias de la agencia municipal de Jicaltepec, población con más o menos 15 mil indígenas con mayoría bilingüe mixteco-es-



FOTOGRAFÍAS: J. ARTURO MOTTA SÁNCHEZ



pañol, y un 30% de monolingües. Dicha agencia está sujeta al municipio de Pinotepa Nacional, Oaxaca.

De esta manera el presente esfuerzo es muestra y se inscribe en una persistente línea de reivindicación étnica mixteca costeña que evoca, en cuanto a propósitos —al proporcionar elementos—, la gesta protagonizada por un grupo de jicaltepecanos cuando aprovechando los inicios del movimiento armado de 1910 y militando bajo las filas zapatistas querían restaurar la forma de organización social de sus antepasados prehispánicos en la zona.

Esta tradición encuentra, pues, hoy eco en los objetivos que un grupo de mixtecos —autodenominados *ucha to'o* (siete mixtecos), entre los que se cuenta Pablo Hernández— se traza al aglutinar en torno de sus propuestas de reivindicación étnica las formas de organización que tradicionalmente han regido la vida social mixteca costeña y de los cuales la recopilación y traducción de estos relatos forma parte vital.

Para cristalizar este propósito, tratarían de que siete tatamandones (máxi-

mas autoridades mixtecas), uno por cada barrio, encabezaran, auxiliados por elementos idóneos —que a su manera de ver serían los maestros—, una ingente tarea de recuperación y difusión de todos y cada uno de los elementos culturales que componen esta cultura mixteca a fin de revalorarla para revitalizarla y constituir la dominante, y poderla así contraponer a la mestiza.

Como primer paso, y hasta este momento único, se proponen realizar talleres cuyo objetivo sea el de constituir, vía recopilación, un acervo escrito de la dispersa tradición oral vigente entre los mixtecos costeños; principiando para ello con los de Jicaltepec.

Otro aspecto, ya en gran parte consolidado, es el de que la educación bilingüe y cultural sea dirigida por los propios maestros mixtecos con enfoques rectores extraídos de esa cultura mixteca jicaltepecana, pues sienten que las directrices impuestas por la SEP, en particular las de la DGEI, en ese tenor tienden más bien a erosionar que a consolidar su cultura.

En este sentido han puesto ya a fun-





cionar un jardín de niños y una escuela primaria — dirigidos por la profesora indígena María Lucía Tapia Santiago— cuyo reglamento se hizo conjunta y autónomamente entre tatamandones y profesores; y en el que se establece, entre otras cosas, no cobrar cuota monetaria alguna a los alumnos ni a sus padres, sino que los requerimientos se solventarán mediante el sistema de tequio y rifas que los maestros organicen.

Igualmente se buscará reafirmar la identidad al enseñar a dominar el mixteco en su forma lectoescrita y posterior-

mente se atenderá al castellano, a la vez que, y paralelamente, auxiliados por la recopilación de la tradición oral, buscarán concientizar a los educandos de su historia mixteca costeña.

Otro aspecto más de esta propuesta de reeducación consistirá en rescatar, revalorar, difundir y practicar entre los párvulos la variada dancística mixteca costeña (música, pasos, coreografía y su sentido) que hoy ya sólo unos cuantos ancianos conocen y poco bailan en razón de su edad, para lo cual también buscan una alternativa; en primer término, la de constituir una banda musical infantil y formar los respectivos grupos dancísticos. Para ello han mandado hacer las máscaras con artesanos de Hualotitlan y las 90 sonajas a Pinotepa de don Luis.

Este es, pues, a grandes rasgos, el contexto en el que se inscribe la difusión de estas fábulas, como les llama su recopilador y traductor, de la abundante narrativa indígena mixteca costeña.

Todas estas narraciones son susceptibles, como es sabido, de lecturas o interpretaciones múltiples. Aquí sólo destacaremos aquella que tiene que ver directamente con el propósito étnico de los *ucha to'o*.

En "Los animales campesinos" se trata de mostrar al cangrejo, en tanto prístino representante del hábitat costeño, como el verdadero hombre —el costeño (mixteco)—, pues es quien lleva a buen término un acto de cacería no acorde o desproporcionado con lo que cabría esperar de su minúscula naturaleza, presumible o análogamente a como el hombre real lo haría en tanto su dúctil naturaleza está siempre lista para adaptarse, prosperar y sobrepasar cualquier ambiente que le resulte adverso; hecho éste que contrastaría abruptamente con el fracaso de reputados e innatos depredadores carnívoros, como el tigre y la zorra, que son mostrados como unos incompetentes e ineficientes y que incluso traicionan a su naturaleza atribuida, como cuando la zorra únicamente alcanza a cazar chapulines; dieta sólo apta para los "de Valles Centrales", es decir para no hombres, no mixtecos costeños.

En el relato del "Maíz, frijol y chile" se trata, en general, de evidenciar y establecer los riesgos y sanciones en los que incurre un miembro de la comunidad

mixteca cuando los valores de ésta son violados, sea por el propio interesado o cuando éste, a sabiendas, solapa y/o tolera una conducta contraria a la sancionada por el grupo de otro individuo perteneciente al mismo. En el aspecto particular, la narración menciona y advierte al escucha de las consecuencias que acarrea una conducta derrochadora con uno de los bienes más preciados y vitales del grupo agricultor mixteco: los granos. En tanto que de ellos depende la vida humana del grupo, ellos señorean



sobre él, a la vez que, como en una cadena deductiva, el grupo impera sobre el individuo; razón por la que no se debe tolerar la soberbia y arrogancia de uno de sus integrantes, ya que esta conducta evidencia una implícita renuncia al grupo. Quien no persiste en la tradición, deja de pertenecer a la raza mixteca; pierde su identidad, incluso biológica, pues al privársele de los granos cesa su concurso en la vida.

En "Los tres niños cometas", haciendo caso omiso de lo que puede ser el tema central del relato (el combate con-

tra un fenómeno climático que amenaza con diezmar a la comunidad), resalta el hecho de la ancestral confrontación entre lo que históricamente ha representado el asentamiento mestizo de Pinotepa Nacional, siempre fuente de poder económico y político y, por ende, de sojuzgamiento, y sus relaciones conflictivas con su sujeto eminentemente indígena de Jicaltepec.

La terminología militar, "el lugarteniente", con que se identifica a Pinotepa (o su representante) con su séquito "los pelones", no puede dejar de sugerir alguna alusión al conflicto habido en 1911 entre ésta, afiliada al carrancismo, y Jicaltepec, zapatista, lo cual culmina históricamente con la derrota de estos últimos. Derrota que, a contrapartida, en este relato resulta revertida, ya que da lugar a una victoria sobrenatural del jefe tono de Jicaltepec sobre Pinotepa, evidenciando así el indígena su superioridad y potestad sobre aquélla, aunque sólo sea en el mero plano del deseo y lo imaginario. Esta misma actitud, creemos, subyacería el hecho de la renuncia a la cabeza de oro de la serpiente, por parte del jefe tono, ya que lo hace para salvar a su pueblo de la desaparición; acto contrario y caro no sólo a la ambición del conquistador de esas tierras, el español Alvarado y sus descendientes (los mestizos de Pinotepa), sino a los hijos mixtecos que renuncian a los mandatos y prescripciones de sus padres, de su origen, propiciando así su prematura muerte física y social.

## LOS ANIMALES CAMPEÑINOS

Dicen y cuentan los ancianos y cuentistas de Jicaltepec que la tortuga, el zorro y otros tantos animales salvajes fueron a dar cambio de brazos<sup>1</sup> al señor tigre para limpiar su milpa. Siendo el primero el

<sup>1</sup> Ayuda mutua, ayuda entre los campesinos costeños que consisten en ayudarse uno a otro.

tigre y como fuera el primer día de trabajo, le entraron con muchas ganas de trabajar; así iniciaron el día subiendo y bajando surcos, hasta que se llegó la hora de comida.

Entonces, dice la tortuga al patrón tigre:

—Bueno, señor tigre, ya se llegó la hora de la comida. Yo voy a juntar la lumbre<sup>2</sup> para calentar las tortillas; nada más que todos las trajimos puras.<sup>3</sup> ¿Qué acaso no nos va a dar la comida? Algo de lo que usted sabe cazar y comer.

El tigre titubea unos instantes, pero luego dice:

—Bueno, si carne quieren, ahorita les traigo.

Y se va; llega a un manantial y se esconde para esperar pacientemente, y pensando para sus adentros: “Ahora verán que les llevaré al venado más grande para que se harten hasta saciarse.”

Y pensando en esto estaba, cuando a

<sup>2</sup> Hacer fogata para calentar tortillas sobre las brazas.

<sup>3</sup> Significa llevar sal en vez de carne para comer con la tortilla.



lo lejos se asoma un gran venado que venía olfateando el aire y caminando cautelosamente; ni siquiera atropellaba al monte para no hacer ruido. Pero el tigre desde su escondite observaba todos y cada uno de estos movimientos, lamiéndose los resecos labios de vez en cuando.

El venado se va acercando poco a poco, pero su instinto de conservación le dice que hay peligro, por eso no se confía.

Y mientras tanto los nervios del tigre estallan en mil pedazos y ¡salta! Pero en su loca desesperación no calculó bien la distancia y perdió la oportunidad; por tonto.

¿Seguirlo a la carrera?

Nooo. Ya era demasiado tarde.

¿Hacer un nuevo intento? Tampoco.

Es mejor enfrentar la realidad, decir que no hubo cacería. Y así lo hizo. Regresó al grupo un tanto apenado, pero llegando, con toda sinceridad, dijo:

—Cuánto lo siento amigos, no hubo cacería y si vuelvo a intentar de nuevo, me llevaría mucho tiempo y ustedes tienen hambre.



Los demás no hicieron ningún comentario, como respetando el fracaso del tigre. Pero, inmediatamente, se para el zorro y dice, en tono suficiente:

—Bueno, ahora voy yo para traerles algo rápido, pues ya es muy tarde y no hemos comido.

Y diciendo esto, se va rápidamente. En su camino se encontró con unos conejos y empieza la persecución, pero los conejos no tardan mucho en hacerlo tonto y terminó cansadísimo.

Viendo que no podía cazar nada, empezó por saciar primero su hambre cazando chapulines, y una vez lleno su estómago, se trajo un puñado para sus compañeros. Pero éstos, al ver que llevaba chapulines, no se aguantaron la risa y se burlaron del pobre zorro diciendo:

—¡Nooo! Nosotros somos costeños. Chapulines solamente para los de Valles Centrales.

Dice el cangrejo, entonces:

—Bueno, ahora iré yo, a ver si puedo.

Los demás, aprovechando el estado de ánimo general, se burlaron del cangrejo diciendo:

—No'mbre, no la amueles. Han ido mejores y no han traído nada; menos tú.

—Yo voy de todas formas —dice el cangrejo, y se va.

Al llegar a un aguaje el cangrejo se colocó a la orilla del pozo y se puso a esperar pacientemente. De vez en cuando levantaba las tenazas para no dormirse, cuando, a la distancia, se deja asomar un gran venado que venía con sumo cuidado. Pero al no olfatear ningún peligro se acerca, sin tomar en cuenta al cangrejo —que tampoco se movió—, y cuando se bajó a tomar agua dejó su yugular exactamente donde estaban las tenazas del cangrejo, al que ni trabajo le costó estirarlas y apretar la corriente sanguínea de su víctima; y apretó con todas sus fuerzas hasta que el venado cayó desfallecido primero y posteriormente muerto.

Una vez hecho el trabajo, el cangrejo regresa al grupo orgulloso y galante diciendo:

—Ahora sí pueden ir a comer carne, porque así cazamos nosotros los hombres.

Y de esta manera se dieron un gran festín a costa del cangrejo.

## MAÍZ, FRIJOL Y CHILE

Cuentan los ancianos de nuestro pueblo que hace muchísimos años vivió un matrimonio en Jicaltepec, con tal suerte que el campesino no sembraba ni mucho ni poco, pero la cosecha que obtenía era buena, abundante y suficiente; pero,

en cambio, su mujer era orgullosa y arrogante. Una mujer sumamente descuidada y con muy pocas ganas de hacer los quehaceres domésticos, pues no le importaba tirar o que estuvieran tirados en el suelo el maíz, los frijoles y los chiles.

Y aunque entre la raza mixteca, el acto de saltar y pisar o pasar sobre estos granos fuera uno de los actos más condenados, a la orgullosa señora le importaba poco. Se comportaba como una diosa. Su amor propio era mucho más fuerte que la razón.



Pero dicen los abuelos que el orgullo, la arrogancia y el descuido tienen un principio y un fin; este principio y este fin tienen un precio, y este precio se paga.

Dicen que cuando la mujer ponía a cocer nixtamal lo hacía en grandes cantidades, siendo que lo que sobraba se dañaba, se acedaba, y cuando esto pasaba iban a parar al desperdicio sin consideración alguna.

Los frijoles, cuando los ponía a hervir, la mitad quemaba y la mitad aprovechaba.

no la sabemos interpretar. Porque cuando los tiempos fueron buenos las piedras, las plantas y los animales hablaron y dejaron muchos mensajes.

Esta vez, quiso el destino y la coincidencia que un pobre campesino fuera protagonista de uno de estos casos, que según los ancianos fue cierto.

Cuentan que este señor, cuando más entretenido estaba realizando su trabajo, oyó unas voces que discutían acaloradamente, pero pensó que provenían de sus vecinos de milpas. Mas su sorpresa no tuvo límite cuando se dio cuen-



Los chiles corrían la misma suerte, y aunque el esposo le llamara la atención, hacía caso omiso de las regañadas.

Y así pasaron los tiempos; ni las regañadas ni las suplicas de su marido la hacían cambiar de proceder.

Y como dicen y saben los ancianos que todo cuanto nos rodea tiene vida, entonces, todo cuanto hacemos, decimos y pensamos es sabido por esas vidas; y, así, nos manifiestan su inconformidad de una manera u otra que muchas de las veces no queremos entenderla o

ta de que no había nadie; y aún mayor resultó cuando vio y oyó que las voces provenían de sus matas de maíz, frijol y chile.

Se sintió morir cuando escuchó a la mata de maíz decir:

—¡Quedémonos un año más, hermanos!

—Pues nosotros, no nos quedamos —dijeron las matas de frijol.

Más sentidas aún, las matas de chiles amenazan:

—Pues si nosotras estamos todavía

es porque el año pasado dijeron lo mismo; pero, si ahora se quedan, pues quédense porque nosotras nos vamos.

La mata de maíz interviene nuevamente diciendo:

—¡Hermanos!: nuestro papá es bueno, nos quiere, nos limpia, nos recoge, nos cuida, no nos tira, no nos pisotea, no nos maltrata. Y si nuestra mamá se ha portado mal con nosotros, él no tiene la culpa. Ella no obedece y ustedes lo saben.

—Sí tiene la culpa —gritan los demás—, porque el que manda es él y

... porque...

bien puede hacerse obedecer y no lo ha hecho. Por eso es culpable. Y aunque sea bueno, que se quede por tonto, para que otra vez sepa mandar.

El maíz se queda triste y desesperado y no sabe a quién apoyar; si a sus hermanos o a su papá. Titubea. Instantes que al campesino le parecen siglos. Y aunque no perdió la esperanza y confió ciegamente en la decisión del maíz, en fracciones de segundo desfilaron por su mente las imágenes de cómo iba a ser bueno, cómo iba a regañar a su mujer, de cómo... pero la decisión de su maíz le volvió a la realidad.

—Yo quise —dice el maíz—, que nos quedáramos aunque sea por este año, pero veo que ya no hay remedio. Y ahora quiero hacerles la última pregunta (a los otros cultivos). De acuerdo, nos vamos. Pero, ¿a dónde nos vamos?

El frijol contesta:

—Con el señor que vive allá al otro cerro, él trabaja mucho, pero en cambio vive en la peor miseria. Mas, sin embargo, nuestros hermanos que viven con ellos son bien tratados por él y por su familia, porque él sí sabe mandar y es obedecido.

Oyendo esto también la calabaza se apunta y dice:

—Hermanos, yo también me voy con ustedes, si se van.

Pero como ella no había participado en la decisión, la descartaron por comodina. Y entre todos le dijeron:

—Tú quédate, hermano, quédate, que nosotros no queremos nalgas aguadas (nalgones) que nos acompañen y nos estorben a donde vamos.

El campesino sintió que el alma se le partía en pedazos, y en este instante se tiró de rodillas abrazando y rogando a sus cultivos de que no lo abandonaran. Pero en ese preciso momento se sintió un silencio como jamás se había sentido; ni los grillos, ni las aves, ni siquiera el aire sopló en aquel momento de abandono y soledad. En aquel momento este hombre se sintió el más desgraciado de la tierra. Esto significaba para él estar muerto en vida.

Saberse abandonado por los cultivos que ama, quiere, protege y defiende hasta con girones de su alma es el peor castigo para un verdadero campesino.

Y aunque él no fuera el directo res-



ponsable, el remordimiento de conciencia no lo dejaría en paz durante el resto de su vida.

Y esto, por causa de su mujer.

## LOS TRES NIÑOS COMETAS

Cuentan los ancianos de Santa María Jicaltepec que hace muchos, pero muchos años atrás, hubo un tiempo en que empezó a llover y a llover, sin que cesara ni de día ni de noche. Y así pasaron días tras días, semanas tras semanas, meses tras meses.

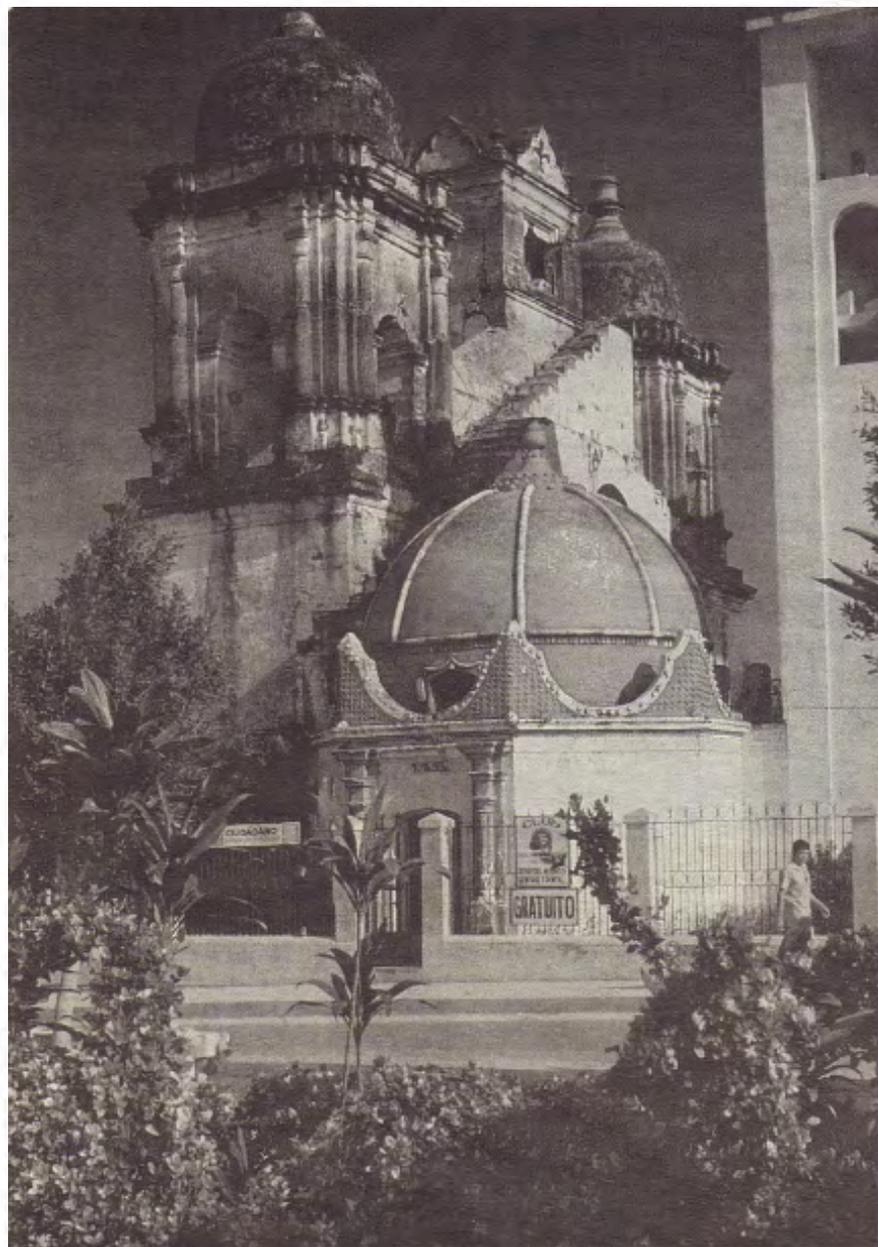
Ya el bajío estaba inundado. Los cerros se desmoronaban. De los ríos, ni se diga, se salían de sus cauces normales. Los animales domésticos y salvajes se estaban muriendo por frío y escasez de alimentos, mientras que la población entera desesperaba por falta de alimentos.

El Consejo de Ancianos empezaba a inquietarse. Las autoridades locales llamaban a reunión para analizar el caso; inútilmente, porque los ciudadanos no acudían al llamado.

La alarma era general, pero así como había alarma, también había calma y serenidad entre algunos ciudadanos. Tal era el caso de un hombre, quien, en su Tono de Cometa, era el jefe de todos los animales de este pueblo. Su responsabilidad, aún vigente, es la de velar por los intereses del pueblo, así sea a costa de su vida, contra cualquier causa, fenómeno o efecto, como en esta ocasión. Pero este Tono consideraba que todavía no era el momento oportuno de intervenir, pues debía de haber más justificación para que no hubiera reclamo ni rechazo de su proceder en caso necesario, pues tendría que matar si la circunstancia lo ameritaba.

Por esta razón esperaba pacientemente a que el causante de estas lluvias cambiara de opinión por sí solo. Y por esta razón no intervenía todavía.

Padre de tres niños, también los convirtió en pequeños Cometas, pero superdotó al niño más chico, es decir, al Chocoyote. Esta era la razón de su se-



guridad, porque hasta sus niños podrían intervenir con sus indicaciones.

Por eso, de vez en vez, los niños salían a divertirse con las lluvias, pues en sus mentes infantiles sólo existían las ideas de jugar. Por eso se divertían subiendo y bajando al cielo con sus rayos. Se seguían unos a otros de cerro a cerro o del mar al cielo. Subían y bajaban en parábola, se tiraban de cabeza, en fin, tanta ocurrencia que se les venía en la mente.

En cambio, los demás jefes de tonos de los demás pueblos de la región, vivían en la desesperación y el espanto. Por eso convocaron a reunión para ponerse de acuerdo sobre la estrategia para la búsqueda del causante o los causantes de esta fenomenal lluvia. Pero el único que no asistió fue el jefe de Jicaltepec.

Y no lo hizo por piedad, más que por presunción o altanería. Porque si asistía y decía la verdad, el pánico sería aún mayor; además que inmediatamente iban a pedir la muerte del causante o culpable. Y de esto, este señor no estaba de acuerdo. Porque si la intervención se justifica, ellos intervienen, pero siem-

pre solos. Además sabía que ninguno de estos señores podía acompañarlo, ni por más valiente y deseos que tuvieran de participar. Por eso optó por callar.

De esta junta se comisionaron varios cientos de brigadas de investigación que se conformaban de todo tipo de animales. Desde el tigre hasta los tlacuaches que se dieron a la tarea de buscar y buscar al causante, pero aquí en la tierra, que de tantos y tantos días de búsqueda en las lluvias, ya los pelos del cuerpo se les habían caído todos.

Y esto le causó lástima, gracia y coraje, a la vez, al Chocoyote, que desde su campo de juego a todos y cada uno observaba absorto.

Y exclamó:

—¡Pobrecitos los señores! ¿Verdad manitos? Ellos no saben donde está el causante de este mal, por eso andan buscando aquí. Y nosotros sí sabemos pero nuestro papá no quiere que digamos. Ni quiere ir y ni deja que vayamos.

Los dos más grandecitos codeaban a su hermano más chico para que éste no dijera nada o no hablara tan fuerte, pero éste ya había dicho lo suficiente y los



señores de la investigación lo alcanzaron a escuchar.

Estos, que todo querían oír, se acercaron inmediatamente y empezaron a suplicar diciendo:

—¡Muchachos! Si ustedes saben donde está el o los causantes de esta lluvia hagan el favor de decírnos donde está, para que le avisemos a nuestro mandatario y dejemos de andar en estas condiciones, pasando hambre, desesperación y frío.

Fue tanta la súplica de los señores, aunada a las condiciones deplorables que presentaban, que lograron condoler los sentimientos de los niños.

El mayor se adelanta, mientras el Chocoyote levanta la vista y le dice con la mirada a su hermano que dijera que sí, pero éste, humildemente y con todo respeto, dice:

—Nosotros únicamente salimos a jugar y no tenemos el permiso de nuestro papá de hablar con nadie, menos revelar un secreto.

Pero el Chocoyote hasta bailaba de gusto y dijo:

—¡No digas eso! Que nosotros sí sabemos donde está el que está haciendo llover y que papá no quiere que digamos, no deja que vayamos. Pero él tampoco quiere ir y nosotros también podemos. Es más, yo solo puedo acabar con ese monstruo si ustedes no me quieren acompañar (puesto que era el más superdotado por su papá, pero aún demasiado inocente para comprender la magnitud de estas tareas).

Los señores de la investigación, que dadas las inclemencias del tiempo andaban ya sin pelos de tantas lluvias y fríos, y en esta ocasión, dada la experiencia y la superioridad numérica, inmediatamente empezaron a informar a todos los de los pueblos circunvecinos, por lo que su llegada no se hizo esperar.

Eran tantos los corajes que sentían, que en su bravata empezaron a gritar diciendo:

—Yo mato al que sea y donde sea.

—Yo voy con ustedes —dijo otro—. Conmigo basta y sobra. Nada más díganme donde está y, solo, acabo con él.

Éstas y otras palabreras se dejaron escuchar de la multitud que se amotinaba queriendo tener participación, y cada quien gritaba más fuerte queriendo so-

bresalir. Los niños, por su parte, únicamente se concretaron a sonreír, como diciendo: pobrecitos.

Pero el valiente Chocoyote, que no media consecuencias, y diciendo y haciendo se convierte en un gigantesco zopilote de cabeza roja y dice:

—Todos los que estén dispuestos suban en mis alas porque los voy a llevar. Pero antes de partir quiero advertirles que esto no es cosa de juegos; nos vamos a enfrentar a una poderosa fuerza de la Naturaleza convertida en una gigantesca serpiente de siete cabezas y siete colas que está suspendida en los siete cielos, y allá nos tenemos que ir. Ahora ustedes dicen. El que se sienta capaz de llegar, adelante. Y los que no, es mejor que se queden de una vez.

Pero el orgullo pudo más que la cordura y nadie se quiso quedar.

—Y ahora que ya saben quienes se quedan y quienes se van, ¡vámonos! —exclama el Chocoyote.

Aletea dos, tres veces y emprende el vuelo tomando altura en espiral, por lo difícil que era subir. Pero hay un primer problema; el representante de Pinotepa Nacional no se hizo presente, sino que





estas decisiones las tomó su lugarteniente con sus pelones.

Y ahora las consecuencias empezaron a surgir. Conforme iban subiendo, los pelones empezaron a marearse y otros empezaron a sentir miedo y empezaron a soltarse uno a uno y, así, fueron estrellándose en los cerros, valles y montañas o se ahogaban en el mar o laguna, según donde cayeran. Y los niños, cuando llegaron al sexto cielo, solamente los acompañaba otro joven más. Era de San Juan Colorado. Un joven modesto y sencillo que ni siquiera presumió en el momento de partida.

Aquí se estacionan y se ponen de acuerdo sobre el plan de ataque. Ahora el Chocoyote se convierte en Rana Cometa y les dijo a sus compañeros:

—Desde aquí nos vamos a ir cautelosamente porque si la serpiente nos detecta, puede acabar con nosotros en fracciones de segundos con sus fulminantes rayos. Pero si lo agarramos por sorpresa él será el muerto.

Y de esta manera se lanzaron diciendo:

—Vámonos los cuatro juntitos, jun-

titos (sincronizados). Vamos a entrar por la trompa y vamos a salir por la cola pero así como entramos así vamos a salir. Porque si alguien se atrasa, el monstruo va a cerrar las siete trompas y las siete colas y el que se quede morirá.

De esta manera entraron al unísono por la trompa del monstruo, con el Chocoyote por la cabeza central. En fracciones de segundo el monstruo se estremeció al sentir los truenos y relampagueos en su vientre, y cuando quiso reaccionar, ya era demasiado tarde para capturar a sus verdugos. En el vientre los muchachos, así como entraron, así salieron. Y cuenta la leyenda que este monstruo solamente alcanzó a secar dos mares en su intento por acabar con el mundo.

Pero cuando los niños vieron que la cabeza central era de oro, les entró la ambición en beneficio de su pueblo, y dijo el Chocoyote:

—Manitos, la cabeza de oro nos la vamos a llevar para enterrarla debajo de nuestro pueblo para que sea inmensamente rico.

Y nuevamente entraron en acción, cortando la cabeza con truenos y relámpagos para desprender el trofeo. Pero cuando regresaron, ya su papá los anadaba buscando. Y al ver que traían semejante pieza reaccionó violentamente y la arrojó al mar para salvar a su pueblo, pues esta pieza, aunque fuera de oro, irradiaba una energía y los cuatro murieron en lenta agonía.

Esto provocó la ira incontenible del papá de los muchachos, quien soltaba rayos y centellas en contra de los responsables que habían provocado esta ida. Y éste no era otro más que el jefe de Pinotepa Nacional, porque si hubiera asistido, los pelones no hubieran insistido en ir y tampoco hubieran muerto. Además, los niños tampoco se hubieran animado a ir solos, pues ya tenían instrucciones precisas del papá de no ir. Y si el jefe de los animales de Pinotepa Nacional hubiera asistido, no les hubiera pasado esta masacre. Y de esta manera, el papá de los niños lo buscó como cosa de comer y lo mató por la muerte de sus hijos.